

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA MODERNA



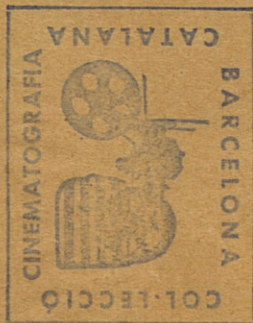
Nº
502

25
cts

Mona Maris

Warner Baxter

BANDIDO POR EXCELENCIA



SANTELL, Alfred

**LA NOVELA
SEMANAL CINEMATOGRAFICA
MODERNA**

EDICIONES BISTAGNE

DIRECCIÓN:

Francisco-Mario Bistagne

Pasaje de la Paz, 10 bis

TELÉFONO 18551

Año IX

BARCELONA

N.º 502

The Arizona Kid, 1930

Bandido por excelencia

Novela de aventuras interpretada por

• Warner Baxter y Mona Maris, • *con Lombard*
entre otros notables artistas.

Es un film sonoro FOX



Distribuido por

HISPANO FOXFILMS, S. A. E.

Valencia, 280

BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de

ERNESTO VILCHES

Bandido por excelencia

Argumento de la película

En el cuartel general de las tropas de Arizona se comentaban las hazañas de un bandido que con sus frecuentes robos de oro tenía atemorizada la comarca. El ladrón era conocido por "El Chico de Arizona" y a pesar de los esfuerzos de las autoridades, no conseguían alcanzarle.

—Voy a enviar este retrato de "El Chico" al sheriff de Rockville—dijo uno de los jefes del ejército—. Su carta dice que "El Chico de Arizona" anda merodeando por allí. Así podrán identificarle si le alcanzan.

Entretanto, cerca de Rockville, el coche correo era asaltado en plena carretera por un bandido, quien revólver en mano ordenó le entregasen una caja de oro que llevaban en la diligencia.

Los viajeros, asustados, estaban dispuestos a dejarse desvalijar por el salteador. Pero antes de que éste huyera con el oro, un muchacho desde el interior del coche, descerrajó un tiro contra el bandido, dejándolo muerto en medio de la carretera.

Todos felicitaron cumplidamente a su salvador, un muchacho sencillo, de simpático aspecto, de buena prestancia varonil.

Una viajera muy linda le manifestó su admiración y su entusiasmo.

Uno de los pasajeros, contemplando el rostro del muerto, exclamó:

—Si la vista no me engaña este hombre es el famoso "Chico de Arizona".

—Se equivoca usted, amigo—dijo el mayoral—, una vez vi a "El Chico de Arizona" cara a cara... y le aseguro que no es éste.

—¿Le conoce usted?—preguntó el matador con curiosidad—. ¿Es cierto como dicen que me parezco a él?

—En nada... Es mayor que usted... y mejor parecido.

La diligencia prosiguió su marcha no tardando en llegar al poblado de Rockville, lugar habitado por buscadores de oro.

Esteban, el que con su revólver certero había tendido para siempre al salteador, se despidió de sus compañeros de viaje y tuvo para la linda viajera galantes cumplidos.

El mayoral comunicó al sheriff lo sucedido.

—Hubo unos tiritos... Esteban mató al bandido y salvó nuestro cargamento de oro.

—Hay que darle las gracias — comentó un viajero—. Tal vez él dió muerte a “El Chico de Arizona”.

—No. Dice el mayoral que no era “El Chico” — advirtió Esteban—; pero espero dar con él un día de éstos.

—Ya lo creo que lo verá—indicó el sheriff—. Espero su retrato dentro de tres semanas.

—Me gustaría encontrarme cara a cara con ese “Chico”...

Y Esteban, riendo, saludó a todos los amigos que habían salido a la plaza a darle la bienvenida. Luego se dirigió al encuentro de Lolita, una preciosa muchacha, camarera de la única taberna del pueblo, una deliciosa chiquilla todo corazón y bondad.

Lolita amaba a aquel muchacho con la ilusión de un verdadero amor, mas para él, Lolita no significaba otra cosa que una bella amiguita con la que nunca pensó comprometerse demasiado.

—¡Hola, preciosa Lolita!

—Estoy muy disgustada — respondió ella—. Yo no soy nada para ti. Bien atento que te has mostrado con esa muchacha que iba en la diligencia.

—No seas tonta... Un hombre ha de ser siempre galante.

Y besándola cariñosamente, se despidió de todos nuevamente y se dirigió a la finca que poseía en las cercanías del pueblo.

Varios hombres, entre ellos el sheriff, que-

daron comentando la vida y el carácter de aquel joven.

—Es un buen sujeto y siempre tiene dinero.

—Y es sumamente parco, pues aunque ha-



—No seas tonta... Un hombre ha de ser siempre galante.

bla mucho no dice nada — indicó el sheriff con cierta preocupación.

—Pero sabe defenderse bien. Fijáos cómo ha matado al bandido que nos quiso asaltar.

—Estás seguro de que el muerto no era “El

Chico de Arizona", ¿verdad?—preguntó el sheriff al mayoral.

—Segurísimo.

Y de esta suerte prosiguieron los comentarios acerca de la personalidad de Esteban, uno de los muchachos más afortunados del pueblo, que tenía la satisfacción de poder descubrir siempre oro en sus exploraciones de solitario.

* * *

Esteban se había dirigido a su casa. En el patio contiguo, circundado por una verja, vió a "Sultán", su fiel caballo, que daba muestras de júbilo al verle.

—Eres como las mujeres, "Sultán". Cada vez que regreso a casa esperas un regalo—le dijo Esteban, dándole a comer unas golosinas.

Avanzó por el patio, tropezando con las aves de corral que, cual si le conocieran, iban a su encuentro, dando toda clase de gritos.

Luego saludó a su fiel ama de llaves, una mujer de genio díscolo.

—Ama, también te he traído un magnífico regalo—le dijo, entregándole un vestido—. Ya sabes que en cada viaje me acuerdo de ti.

—¡Gracias, muchas gracias! Y ¿cómo ha ido el viaje?

—Magnífico. Esta vez saqué mucho oro de la mina. Quizá pronto regresaremos a Portugal.

—Si el sheriff llega a averiguar quién eres, no volverás a Portugal.

—Nunca he tenido miedo a nada.

Fué a guardar una parte del oro recogido y abandonó de nuevo la hacienda, dirigiéndose a la taberna, donde tenía lugar un match de boxeo.

Uno de los boxeadores era del país; el otro forastero. Este daba a su enemigo tan certeros puñetazos, que en poco tiempo le dejó k. o.

La gente comentaba aquella victoria fulminante. ¿Cómo era posible que hubiese caído tan rápidamente su convecino?

Esteban, viendo algo raro en todo aquello, se acercó disimuladamente al triunfador y descubrió entonces el por qué del fulminante triunfo.

El forastero se había quitado los guantes y Esteban alcanzó a ver que debajo de ellos llevaba varios hierros, arma innoble que era lo que le había servido para vencer.

¡Ah, pilló! ¡Victorias así, las ganaba cualquiera! Nadie se había dado cuenta de la estratagemas, pero a Esteban no se le escapaban esas cosas. Y como el forastero hablase de que retaba a cualquiera a combatir con él, Esteban acercóse a uno de sus amigos, un hombre enano, y le dijo:

—Pedro, tú eres pequeño, pero tienes los puños recios. ¿Quieres pelear?

—Estoy muy bien en este mundo, amigo...

—No tengas miedo. Un buen cerebro vale más que todos los puños del mundo. Verás cómo triunfas.

Acabó convenciéndole. Le puso unos guantes y, disimuladamente, le colocó debajo de ellos

unas cuantas monedas de plata, que iban a servir de cuña invencible...

Luego sacóse una bolsa de oro, y dijo:

—¡Apuesto todo este oro a que Pedro Culebrines derrota a ese torazo!

El torazo forastero se echó a reír, aceptando el desigual reto.

La impresión era grande en la taberna. ¿Se había vuelto loco el pequeño Culebrines?

El extranjero se calzó los guantes y esta vez no puso hierro ninguno.

—No necesitas el “truco” para ese infeliz— advirtiéndole su manager.

Iba a dar principio el combate. Esteban advirtió a su amigo:

—Cuando te tire un puñetazo, te escurres... Y cuando él esté distraído, le metes duro con el guante.

Comenzó el match y a los pocos minutos el invencible boxeador era derribado por el puño misterioso de Pedro.

El manager del forastero estaba perplejo, sin comprender lo que había ocurrido y creyendo en una estratagema del campeón. Pero tuvo que convencerse de que, por aquella vez al menos, el pequeño David había puesto k. o. a Goliath... ¡y de qué modo! El gigante no volvió en sí hasta al cabo de mucho tiempo.

Esteban se hallaba contentísimo. El no transigía con determinadas injusticias... Y pasó el resto de la velada alegre como unas Pascuas, con la satisfacción del que ha cumplido un agradable deber.

De pronto, un carro entoldado se detuvo delante de la taberna. Iba en él un hombre, al parecer enfermo. Junto al carro se hallaba una mujer, una muchacha rubia, bellísima criatura de ojos azules y de cándida serenidad.

—No creo que podamos seguir, Nicolás. Quizá nos auxilien aquí—dijo ella—. Voy a ver.

Entró la maravillosa mujer en la taberna.

—¿Podría alguno de ustedes indicarme dónde está el hotel?—preguntó.

Esteban, magnetizado por la belleza de la desconocida, avanzó hacia ella y le dijo:

—Este hotel está completamente lleno... pero para una joven bonita como usted, mi casa es el mejor hotel del pueblo.

La muchacha, creyendo que el muchacho sería el propietario de alguna otra fonda, indicó:

—¿Puede usted también darme una habitación para mi hermano?

—¿Su hermano?

—Está enfermo de gravedad y sería peligroso que continuara la jornada. Lo he dejado en el carro.

Esteban salió y, al ver a Nicolás, le dijo con todo afecto:

—Tanto yo como mi hotel, les invitamos a que se queden con nosotros. Síganme. Espero les será grata allí su estancia.

Y con la alegría de tener por huésped a tan preciosa mujer, marchó con los dos hermanos, mientras los demás buscadores de oro comentaban la extraña aparición de aquella gente.

—Lolita—dijo uno de ellos a la camarera—,

me parece que tu amigo te traiciona. Esa mujer va a ocupar tu lugar.

—Eso lo veremos—contestó Lolita con un gesto de ira—. Esteban me quiere mucho.

Entretanto, ya cerca de la casa de Esteban, el joven se separó de los dos hermanos, diciendo:

—Voy a arreglarles las habitaciones. El hotel es aquel edificio.

Corrió hacia su finca y rápidamente pintó un rótulo con el nombre "Hotel" y lo colocó en la fachada. Así daba idea de autenticidad a la estratagema ideada para poder estar junto a aquella bella criatura.

Luego entró en la casa, ordenando al ama que arreglase unas habitaciones.

—Pero ¿es que hay convidados?

—Y de primera. Te doy mis parabienes, ama.

Llegaron frente al "hotel" los dos jóvenes.

—¡Qué suerte hemos tenido en hallar semejante hombre, Nicolás!—dijo ella.

—No confíes mucho en la suerte, Virginia—le replicó el enfermo con un gesto indefinible.

—Tenemos mucho trabajo que hacer.

Esteban se dirigió a su encuentro y ayudó a Nicolás a entrar en la casa.

—Siento que se encuentre enfermo, amigo, pero el ama tendrá mucho gusto en atenderle. Ama, acompáñelo a la mejor habitación.

Cuando Virginia y Esteban quedaron solos, miráronse tiernamente, con cierta emoción.

—Olvidé presentarme—le dijo él—. Me llamo Esteban Francisco Calderón.

—Y yo soy Virginia Hoyt.

—Y ¿hacia dónde se dirigían ustedes?

—Hacia la ciudad. Pero mi hermano ha caído enfermo por el camino. ¡Eso es un gran contratiempo! Somos pobres y nos perjudica mucho el retraso.

—En este hotel encontrarán la más deliciosa hospitalidad.

—¿Se paga mucho?

—A una joven tan bella como usted... yo no le cobraré dinero... sólo un besito—le dijo sonriendo.

Ella, a quien la simpatía del joven parecía haberla cautivado, exclamó con un mohín de tierna candidez:

—¿Es preciso que pague por adelantado?

Dudó Esteban; le pareció que sería delicioso el recibir un beso de tan hermosos labios; pero al propio tiempo, sintió una invencible timidez. Era tan inocente la expresión de la joven, tan sereno y dulce aquel rostro de virgen, que no quiso que le diera un beso a la fuerza, obligada por la necesidad, pensando en la alegría de recibir más adelante aquel mismo beso, pero dictado por el amor.

—Esta vez, el dueño del hotel esperará a que le paguen—contestó.

—¡Muchas gracias!

La joven dirigió su vista por la estancia.

—Mi casa está toda revuelta—dijo Esteban—. Perdóne usted.

—Tendré mucho gusto en arreglársela.

—¡Oh, no se moleste! Eso es cosa del ama, y ella sola debe efectuarlo.

Luego de despedirse tiernamente del joven, Virginia se dirigió al cuarto de su hermano, para enterarse de su estado de salud.

A Esteban le pareció que las cosas tenían una nueva luz, que su casa, tan descuidada y vieja, adquiriría un barniz de novedad y de alegría... Una mujer preciosa lo iluminaba todo con su presencia. Y Esteban se sintió en aquel instante más feliz que en las horas en que encontraba oro durante sus exploraciones.

* * *

Al día siguiente, Esteban salió para uno de sus viajes. Iba en busca de filones de oro; marchaba solo, sin que hubiese querido nunca la compañía de los habitantes de Rockville. Volvería al cabo de pocos días, trayendo indudablemente una buena cantidad de material. Nadie sabía de dónde lo sacaba. Pero la realidad era que él regresaba siempre con buenos pedazos del rico metal.

Gracias a los cuidados de Virginia y del buen régimen que se disfrutaba en el supuesto hotel de Esteban, Nicolás se encontraba ya casi restablecido.

Virginia, más contenta que nunca, sacaba de sus casillas al ama, con el deseo de limpiar la cocina de la casa, que la vieja tenía muy abandonada.

—Hay que limpiar bien todo esto, para cuando regrese Esteban—advertía Virginia.

Y el ama obedecía furiosa, deseando que cuanto antes marchase aquella intrusa.

—Nicolás dirigióse una tarde a la taberna y sentóse a beber.

Unos hombres, entre los que estaba el sheriff, señalaron a Nicolás.

—Está enteramente restablecido. En casa de Esteban lo deben cuidar muy bien.

—A propósito de Esteban. ¿De dónde saca su dinero?—dijo el sheriff.

—No se junta con nadie, viaja a menudo. No sé gran cosa de él—repuso un vecino.

Parecía que el sheriff simpatizara poco con Esteban, como si le chocase el género de vida que éste llevaba, no queriendo ir nunca con los demás camaradas del pueblo para buscar oro. Marchaba siempre solo... pero volvía acompañado de oro...

Lolita, que durante aquellos días había sufrido intensos celos al ver hospedarse en casa de Esteban a Virginia, acercóse ahora a Nicolás y le miró con cierta fijeza agresiva.

—¿Qué pasa, hermanita? ¿Tengo monos en la cara?—le dijo Nicolás en tono brusco.

—Quería preguntarle si se encuentra ya fuerte y animoso.

—Me encuentro muy bien.

—Pues, ya que está bien, supongo que usted y su hermana se irán pronto de casa de Esteban.

—No sé, no sé—dijo—. Esteban se ha desve-

lado por atendernos... y mi hermanita se encuentra muy bien en su casa.

—Pues, su hermanita—dijo Lola, celosa—, va a encontrar muy pronto que la casa de Esteban no es el mejor hotel para ella.

Nicolás se echó a reír, como si adivinara que la camarera tenía celos. Y Lolita volvió al mostrador con el gesto altivo y duro de la mujer que está dispuesta por todos los medios a defender el amor que ve en peligro.

* * *

Unos días después regresó Esteban a su casa. Venía contento. Un nuevo éxito había coronado su expedición. Pero su alegría llegó al colmo cuando vió que la casa estaba limpia, resplandeciente.

Demostró su gratitud a la joven con tiernas frases. Durante su ausencia, había estado pensando constantemente en Virginia. Era la criatura ideal, la mujer soñada para hacerle feliz.

Virginia, con su aire de colegiala ingenua, abrió la puerta de la jaula a un pajarillo, que echó a volar, libre y majestuoso.

—Este pajarillo fué creado para volar, cantar y ser feliz en los bosques.

—¡Qué sentimientos más buenos tiene usted! Pero ¡qué tonto! Por poco me olvido del regalito que le he traído—dijo Esteban.

Y puso en sus manos una soberbia pulsera de oro, que ella se ciñó al brazo con dulce ilusión.

—Esteban, ¿por qué es usted tan bueno para con nosotros?

—Porque todo se lo merece usted... Su belleza, su bondad, su angelical carácter...

—Esteban...



—Porque todo se lo merece usted.

Pero el idilio fué cortado por la presencia de Lolita, quien, vistiendo un traje estrafalario y un sombrero antiquísimo, avanzó con aire sonriente. Llevaba, además, un gran equipaje.

Esteban se echó a reír al contemplar figura tan grotesca.

—Lolita, jamás te he visto vestida de modo tan ridículo—dijo.

—Desdén tus sátiras, y como has convertido tu casa en un hotel, vengo a hospedarme en él.

—El hotel está lleno. No hay lugar para ti.

—Eso lo tengo que ver con mis propios ojos. Y entrando en la casa, ante el asombro de todos, se dispuso a ocupar una de las habitaciones sobrantes.

A fin de evitar un escándalo, Esteban tuvo que acceder a que Lolita permaneciese en la casa, con gran desesperación del ama, que añoraba sus días de soledad.

—Ama, vale más que quitemos el anuncio, antes de que venga todo el pueblo—le dijo Esteban.

Quitaron el rótulo y Esteban marchó a la taberna.

Virginia había recibido sin rencor alguno a Lolita, pero ésta, al quedar solas, le dijo con furiosa vehemencia:

—Esteban me amaba antes de que usted viniera aquí, y me seguirá amando cuando usted se haya ido.

—¿De veras?—le contestó, burlona.

—Sí, señora, porque yo soy digna de ser querida... mucho más que una rubia azafanada.

—Habla usted más de la cuenta, Lolita.

Y se separó de ella, no queriendo, por el momento, entablar ninguna fuerte discusión.

Esteban permaneció hasta la noche en la ta-

berna, y tuvo que escuchar algunas burlas como ésta:

—Debes creerte un sultán, chico. Estás convirtiendo tu casa en un harén.

Volvió a su hogar y, después de cenar, marchó al jardín en compañía de Virginia, a la que quería obsequiar con unas cuantas canciones.

Lolita les siguió, diciéndole importuna:

—Quiero escuchar lo bien que haces el amor.

Esteban prescindió de ella y dedicó sus canciones a la dulce Virginia, que le miraba con una placidez adorable. Lolita, sufriendo profundos celos, sonreía, sin embargo, procurando mostrarse burlona.

De pronto apareció un sujeto, quien llamó a Esteban y le dijo:

—Quieren que vayas a la mina... esta noche.

—Voy en seguida. Que me esperen.

Volvió al lado de las dos mujeres, y dijo:

—Tengo que ausentarme por unas horas. Espero que cuando regrese seréis buenas amigas.

Y, montando a caballo, salió de la casa, mientras las dos rivales se contemplaban con odio creciente.

Virginia fué al encuentro de Lolita, diciéndole con gesto burlón:

—¡Qué bien estás en la cocina!

—Vale más que te ahorres las palabras... porque de aquí no he de irme—respondióle Lolita.

Iracunda, Virginia llenó de insultos y de palabras injuriosas a su rival. Virginia, la paloma ingenua, tan suave, tan delicada, incapaz de levantar la voz, demostraba ahora una ordinari-

espantosa, y hablaba de modo vulgar, ordinario, plebeyo. La paloma se convertía en una fiera terrible. ¿A qué obedecía el cambio? ¿A los celos o al carácter verdadero de su alma?

Entretanto, Esteban había vuelto a la taberna y encargó al dueño le preparase rápidamente unos comestibles.

Mientras esperaba, vió a Nicolás que estaba jugando con unos amigos, y que se ocultaba cuidadosamente una carta.

Esteban se indignó y, de modo instintivo, fué a empuñar el revólver, pronto a disparar contra el tramposo. Pero, acordándose de que se trataba del hermano de la mujer que amaba, se acercó a él y le dijo, mientras con todo disimulo le quitaba la carta:

—Nicolás, quiero hablar un momento contigo.

El aludido se levantó.

—Nicolás, me voy de viaje. Cuidarás bien a tu hermanita durante mi viaje, ¿verdad?

—¡Ya lo creo!

—¡Adiós, Nicolás!

Se estrecharon la mano y Esteban depositó en la de Nicolás el naipe delator.

Alejóse Esteban rápidamente, tomó los comestibles y abandonó la taberna.

Quedó Nicolás impávido contemplando el naipe. ¡Demonio de Esteban! Había descubierto la trampa, pero era tan noble, que le devolvía el naipe sin decir nada a nadie...

Arrugó el entrecejo y abandonó la taberna.

* * *

Esteban se dirigió a los alrededores de la población. Entró en una choza que daba a una mina abandonada. Esta mina pertenecía a una importante compañía, que la tenía hacía tiempo sin explotar, dado que en los primeros trabajos apenas si se encontró oro.

Esteban se había aprovechado de aquella circunstancia para explorar de nuevo la mina y, más afortunado que la compañía, había conseguido encontrar grandes filones del valioso metal, que se iba repartiendo bonitamente con dos cómplices.

Estos le aguardaban en la choza y le comunicaron:

—Te hemos mandado a buscar porque desde hace dos noches oímos algo ahí fuera... pero cuando miramos, no hay nadie.

—¿No soñáis? Nadie sabe nada de esta mina. Creen que está abandonada.

—Quizá han averiguado que aun se le puede extraer mucho oro.

—Pues, hay que evitar que nadie se entere —dijo Esteban—. Por cierto, amigos, que creo que me voy a marchar del país.

—¿Han averiguado quién eres?

—No, pero he hallado una mujer que ha cambiado el curso de mi vida.

Alguien había escuchado aquella conversación. Era Nicolás, que había seguido a Esteban y que,



—...he hallado una mujer que ha cambiado el curso de mi vida.

situado ahora encima de la choza, se había enterado de aquellos datos interesantes.

Esteban y sus amigos efectuaron una nueva busca de oro. Se repartieron bonitamente los pedazos que encontraron. Y el enamorado de Virginia volvió a la ciudad, creyendo que los temores de sus compañeros eran completamente infundados.

Por la mañana se dirigió a la taberna y reunió con el sheriff y varios exploradores. El sheriff parecía un poco extrañado de los misteriosos viajes de Esteban. De pronto, le dijo, mirándole fijamente:

—Oye, Esteban, en tus viajes, ¿no has encontrado nunca a “El Chico de Arizona”?

—Sí, lo encontré hace mucho tiempo, pero no me parece tan fiero como lo pintan.

En aquel instante, un hombre se abrió paso hacia Esteban y, cayendo de rodillas a sus pies, sólo pudo murmurar:

—¡La... mina!...

Esteban cogió entre sus brazos a aquel hombre, que era uno de los compañeros que había dejado en la mina. Vió que estaba muerto y que tenía una herida en la espalda.

—¡Horror!—dijo Esteban con indignación—. Le hicieron fuego... por la espalda.

La impresión era enorme. ¿Quién podía haber matado a aquel hombre?

—Vale más que vaya a la mina para averiguar lo que ha pasado—dijo Esteban.

—Iremos contigo, Esteban. Esas son incumbencias de la ley—contestó el sheriff receloso.

—Como usted quiera, sheriff.

Y Esteban, depositando una bolsa de oro en manos del tabernero, le dijo:

—Bill, cuídate de mi oro.

Y, montando a caballo, se dirigió en compañía del sheriff y de otros hombres, hacia la mina.

Entretanto, Nicolás, en casa de Esteban, explicaba a Virginia:

—Oye, amor mío, he seguido a Esteban y he averiguado de dónde saca el oro.

—¿De veras?

—Y es más. Tu amigo, estoy seguro de que es "El Chico de Arizona", con un precio por su cabeza de cinco mil pesos.

—¿Es posible?

—Cierto. Podemos entregarlo, cobrar la recompensa y luego explotar la mina nosotros mismos... Oye, y si te estás enamorando de ese tipo, no olvides que eres mi mujer.

Ella se echó a reír y le besó en los labios.

Virginia y Nicolás no eran, pues, los hermanos que Esteban, ingenuamente, creyera, sino un matrimonio, capaz de todo para conseguir sus planes. Bajo la capa de la falsa amistad, había en ellos el propósito de robar todo el oro de Esteban... y aun de denunciarlo.

La enfermedad de Nicolás había sido un pretexto para introducirse en el pueblo sin despertar sospechas, a fin de poder robar a los mineros, pero la suerte había querido llevarles junto a Esteban, con lo que el botín iba a ser mayor.

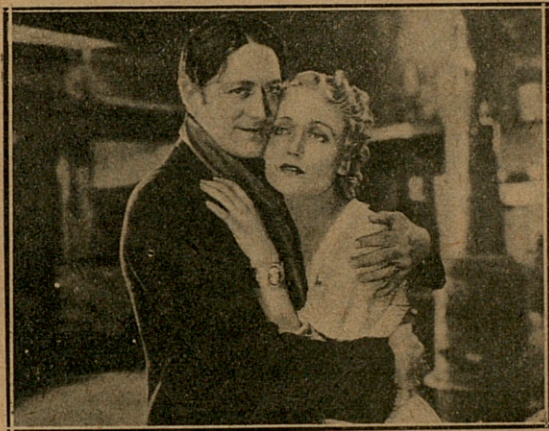
* * *

Lolita había salido a dar una vuelta por el pueblo, y al no ver apenas a nadie por la calle, preguntó a un viejo:

—¿Es hoy día de fiesta? ¿Dónde anda todo el mundo?

—Están en Silver Gulch. Mataron a un minero y acusan a "El Chico de Arizona".

—Siempre echan la culpa a "El Chico de



Virginia y Nicolás no eran, pues, hermanos...

Arizona", y ni tan siquiera saben quién es — dijo, preocupada.

—Pero pronto lo sabrán, porque sus retratos deben llegar en la diligencia de hoy.

Lolita pareció más abstraída. Pero de pronto, serenándose, exclamó:

—¿Qué me importan a mí los bandidos? Lo que yo desearía sería dar un paseito... si alguien me prestase un caballo.

—Llévate el mío. Es muy dócil cuando lo monta una chica bonita.

Lolita lo aceptó y, montando en el caballo, desapareció hacia la carretera.

Entretanto, el sheriff, Esteban y los exploradores habían llegado a la mina, encontrando muerto ante la puerta, con el cigarro apagado entre los dedos, llagados por el fuego, al otro minero.

Esteban, impresionado, lo reconoció. Era su segundo compañero.

—Este hombre también ha sido muerto por la espalda—dijo.

Todos estaban indignados por aquellos dos inauditos crímenes y el nombre de "El Chico de Arizona" preocupaba a todos. ¿Sería él el asesino?

Entraron en la choza. La vela estaba encendida aún, casi consumida.

—Eso debió ocurrir anoche. La vela está encendida todavía—manifestó el sheriff.

Esteban examinó con honda emoción toda la choza, mientras el sheriff hacía por su parte lo mismo.

Este último, señalando unos vasos que había sobre la mesa, dijo:

—Parece que eran tres los que estaban bebiendo... y dos de ellos han muerto.

—Quizá el tercero vino a robar el oro de la mina—dijo Esteban.

—¿Cómo sabes que hay oro en la mina?—dijo el sheriff, que sospechaba de Esteban, recordando que éste había estado fuera durante la noche

anterior y luego había entregado una bolsa de oro al tabernero.

—Porque observo unos pedacitos en el suelo—contestó el joven, reponiéndose.

—Entren en el túnel, a ver lo que averiguan.

Así lo hicieron los acompañantes del sheriff y, volviendo al cabo de poco tiempo, dijeron:

—Abajo hay una caja descerrajada. Parece que alguien robó el dinero que en ella había.

Esteban se estremeció. ¿Quién podía ser el criminal que había efectuado las dos muertes y, además, el robo? Tenía tanto interés en averiguarlo, en vengar la muerte de sus enemigos, que dijo:

—Creo que me voy a quedar aquí. Tengo deseos de efectuar nuevas averiguaciones.

—Lo mismo me pasa a mí—indicó el sheriff con severidad—, y por eso vas a venir con nosotros.

—¡Ah, como usted mande!

Y todos regresaron al pueblo.

Ya en Rockville, Esteban se despidió del sheriff para volver a su casa.

—No escapará—dijo el sheriff a unos amigos. —Pienso vigilar su casa. Tengo grandes sospechas sobre ese hombre.

A la misma hora, Lolita, a pie, detenía en la carretera a la diligencia que iba hacia Rockville.

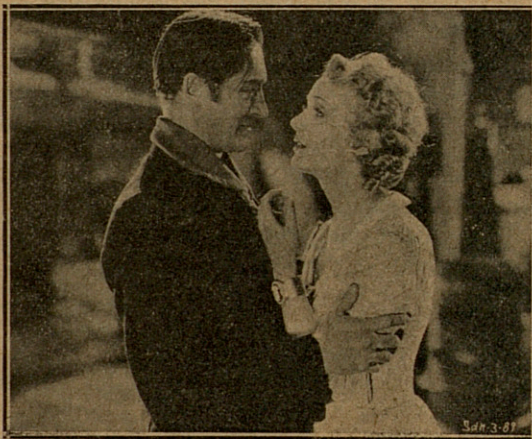
—Mi caballo se desbocó—dijo al mayoral—. ¿Quiere usted llevarme al pueblo?

Se trataba de una mujer y accedieron a su súplica. Y Lolita se instaló tranquilamente en el coche, junto a la valija del correo.

* * *

Nicolás se despedía de Virginia en la puerta de la casa de Esteban:

—Si Esteban llega durante mi ausencia, entreténlo. Todo depende de ti, ahora.



—Si Esteban llega durante mi ausencia, entreténlo.

—Así lo haré... ¡Ah, por cierto! ¡Toma! Quizá esto te sea útil, alma mía.

Y le entregó el brazalete de oro que le había regalado Esteban.

—Pienso que me servirá. Adiós, esposa mía.

Esteban estaba cerca de allí. Había contemplado la inaudita escena. Y el dolor, el desengaño, la desilusión, abatieron de repente aquella alma enamorada y plena de esperanza.

Fué un golpe terrible, cruel. Ellos no eran hermanos, sino marido y mujer. Y ella le daba el brazalete a Nicolás. Y, al parecer, tramaban algo contra el generoso protector que les había brindado hospitalidad.

¡Cómo sufrió el desdichado joven! Había amado a Virginia con deliciosa ilusión, y ahora la realidad se encargaba de desengañarle. Inquieto, nervioso, se alejó de allí con la cabeza llena de pensamientos espantosos.

Nicolás había ido a la taberna, reuniéndose con el sheriff y sus hombres.

El sheriff había pedido al tabernero el oro que le dejó Esteban en depósito y lo examinaba con atención.

—Es de la misma clase de oro que encontramos en la mina—dijo—. Sin embargo, me resisto a creer que Esteban sea el asesino.

—Si me dejan ver ese oro, acaso les pueda ayudar—dijo Nicolás.

—Mírelo.

Nicolás lo examinó y dijo al cabo de breves instantes:

—Precisamente lo que me sospechaba. Esteban tiene en su casa mucho oro como éste. ¡Ah, me da el corazón de que Esteban es "El Chico de Arizona"! Miren un regalo que Esteban le hizo a mi hermana... una joya que probablemente fué robada al asaltar alguna diligencia.

El brazalete pasó de mano en mano.

Los comentarios eran abundantes. A pesar de las pruebas, las gentes se resistían a creer que Esteban fuera el asesino.

Se oyeron en aquel instante los cascabeles de un coche.

—Aquí está la diligencia—dijo el sheriff—. Ahora veremos los retratos de “El Chico de Arizona” y sabremos la verdad.

Salieron a la calle y el sheriff ordenó al mayoral que llevase la valija del correo a su despacho.

Lolita saltó del coche y permaneció un rato junto al grupo de hombres. Luego marchó, y al poco tiempo encontró a Esteban, que andaba abatido, como bajo el peso de una inmensa desgracia.

Ella le llamó y le dijo:

—Vale más que escuches un momento, señor “Chico de Arizona”.

—¿Eh?—contestó, asombrado.

—Sí, hace tiempo que sé que eres “El Chico de Arizona”... Es preciso que te marches; he oído decir que sospechan que eres “El Chico”... y, además, creen que asesinaste a los dos mineros. Vengo a prevenirte. Marcha en seguida, Esteban.

El joven se enterneció ante la actitud de aquella mujer que venía a salvarle. ¡Y él no había hecho nunca caso de aquella criatura que tanto le quería! Comprendió lo buena que era, y la comparó mentalmente con la maldad de Virginia.

—¡Qué equivocado estaba contigo! ¡Cuán distinta es tu conducta, Lolita, de la de otra mujer!... Mira, voy a huir, pero, si tú quieres, vendrás conmigo. Prepara dos caballos; huiémoslos juntos.

—Sí, Esteban, sí... Espérame en la puerta trasera de tu casa.

Se separaron. Esteban, deseando marchar cuanto antes, se dirigió a su casa para recoger el oro.

Encontró a Virginia, quien tiernamente avanzó hacia él, y le dijo:

—Esteban... ¡cuánto me alegro de que hayas regresado!

—Fui lejos, hermosa mía... ¡pero siempre pensando en ti!—contestó, conservando una gran serenidad.

Se dirigió a su cuarto, guardando en sus bolsillos el oro. Luego volvió a la cocina, y dijo a Virginia:

—Siento frío... voy a encender el fuego.

—Pero, Esteban... ¡si hace calor!

—Quizá tú lo sientas... pero yo siempre siento frío ante la muerte.

Ella, que conocía el fin de los mineros, contestó tranquilamente:

—¿Cómo es posible que no haya muertes en un lugar donde todos llevan armas?

Esteban acarició su revólver.

—Es necesario. Se vive entre bandidos y hay que defenderse.

—Es una de las cosas que jamás me gustó que llevaras, un arma.

—Entonces, por ti, sólo por ti, pondré a un lado a mi fiel amigo—dijo, dejando el revólver sobre la mesa.

Esteban se hallaba junto al fuego. Esperaba la llegada de Lolita, con la que iba a huir. Pero, temiendo que pudieran venir a detenerle, había puesto ante él un espejito por el que, a pesar de encontrarse de espaldas, veía a todas las personas que se acercaban a la puerta.

Virginia le dijo con falsa ternura:

—Desde hace algún tiempo, algo me dice que debiera marcharme, pero luego pienso en ti... y en este hogarcito que tanto cuido... y me quedo.

—Cuando un hombre ama a una mujer, sólo una cosa le interesa... saber si le es fiel—exclamó severamente.

En aquel instante, Esteban vió por el pequeño espejo a Nicolás, que entraba en la casa. Detrás de él y a bastante distancia, iba el sheriff. Seguramente venían a detenerle.

Así era la verdad. El sheriff pensaba interrogar largamente a Esteban. En la valija no estaba el retrato de "El Chico", pero era necesario averiguar si realmente Esteban tenía algo que ver con el invisible bandido.

Entró Nicolás, vagamente distraído, contemplándose los puños de su camisa, en los que faltaban los gemelos.

Esteban volvióse rápidamente y, mirándole con terrible cólera, le gritó:

—¿Andas buscando estos gemelos?

Y le mostró un par de ellos que tenía en la mano.

—¡Sí! ¿Cómo los tienes tú?—gritó Nicolás.

—Los hallé en el suelo de la mina, donde mis amigos fueron asesinados a traición. ¡Tú eres el criminal y el ladrón!

—¡Miserable!

Pero, antes de que pudiera atacarle, ya Esteban le acababa de descerrarar varios tiros, dejándole muerto.

Todo fué instantáneo, con una rapidez escalofriante.

Luego escapó por la puerta trasera, donde ya le aguardaba Lolita con los dos caballos.

Entró el sheriff y sus amigos; pero cuando quisieron seguir a Esteban y Lolita, éstos es hallaban ya demasiado lejos.

El sheriff había escuchado antes, desde la puerta, las palabras y la acusación de Esteban y, sospechando ahora de Nicolás, interrogó a Virginia, quien, con lágrimas en los ojos, confesó toda la verdad... Nicolás había dado muerte a dos mineros para robarles...

Entretanto, ya lejos de todo peligro, Esteban y Lolita seguían a galope. De pronto se detuvieron, y el joven exclamó, sonriente:

—¡Ojalá que el sheriff le ponga un marco a ese retrato mío que espera de Arizona!

—No lo verá... lo sustraje de la valija cuando monté en la diligencia—contestó ella riendo.

Y se lo enseñó.

—¡Lolita, amor mío! ¡Qué buena eres! ¡Te quiero con toda mi alma... y en lo sucesivo voy a vivir sólo para ti, sin exponerme a esa existencia peligrosa que he llevado hasta ahora...

Vida nueva, lejos de Arizona. Tú me vas a enseñar a vivir honradamente.

Y besándose con verdadero amor, emprendieron el camino hacia la redención...

F I N

GRAN ÉXITO

en las selectas

EDICIONES ESPECIALES

— de —

La Novela Semanal Cinematográfica

de las dos magníficas novelas

Del mismo barro

(2.^a edición)

— y —

ESTRELLADOS

Esta semana: Acontecimiento

Cuatro de Infantería

Asunto de guerra contra la guerra

Uno de los mayores éxitos

de la temporada en España

Ediciones BISTAGNE



Pasaje de la Paz, 10 bis
Teléf. 18551. - BARCELONA